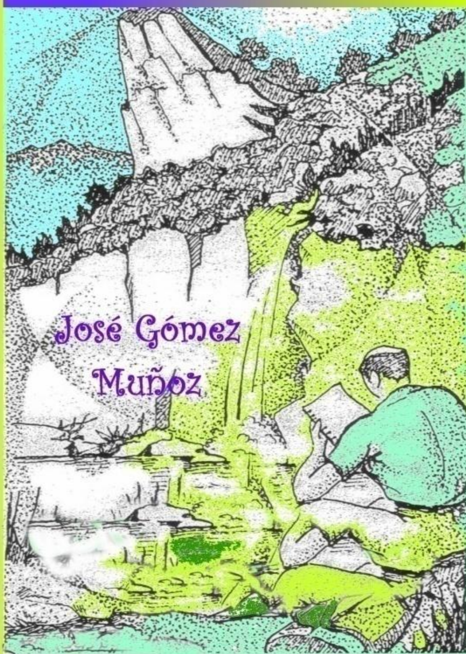
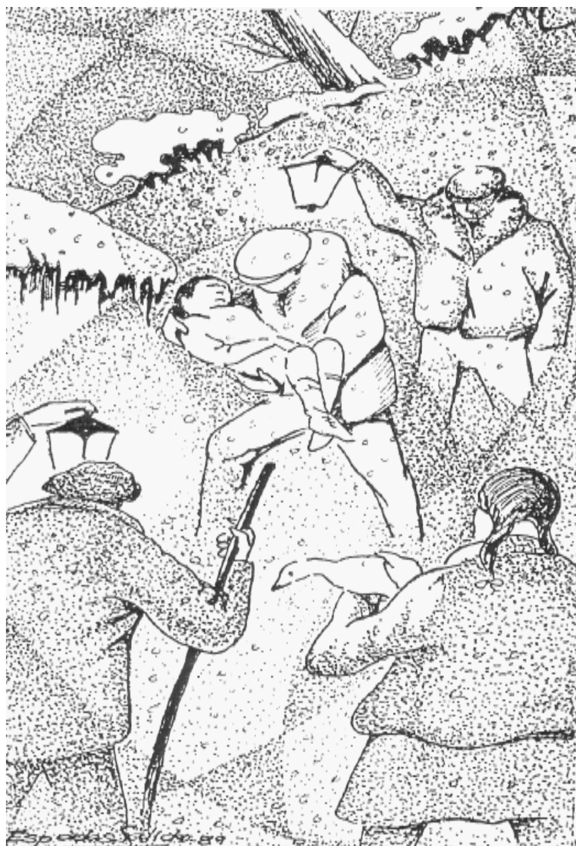
Cuentos infantiles

José Gómez Muñoz, **Mis** primeros escritos



Grisel y Pedrito, el niño sordo mudo
LOS NIÑOS DEL VALLE



El niño vivía precisamente en aquel rincón en compañía de sus padres. Los padres eran pastores contratados a sueldo y en aquel lugar llevaban ya más de doce años. No tenían más hijos que a Pedrito y él no había nacido ni en la ciudad ni en Cazorla; vino a este mundo en Bujaraiza, el pequeño pueblo del Valle del Guadalquivir, la más bella aldea de toda la sierra. Mas el niño apenas conocía a su pueblo; recién nacido, sus padres se lo llevaron a la finca y allí creció en compañía de los corderillos, las flores de las praderas, las nubes pajarillos y el viento. Pero el niño sufría una privación: no podía gozar ni del canto de los pájaros ni del sonido de su nombre cuando su madre lo pronunciaba; era sordomudo de nacimiento y como sus padres no tenían dinero para andar de médicos aceptaron los hechos dándole cariño y dejando las cosas como estaban.

Pero el niño sí poseía un gran atractivo: Era hermosísimo; tenía cara redonda con piel fina como el viento, nariz chata y

pequeña y ojos oscuros como la noche; su pelo era negro y por labios tenía dos ascuas que ardían de vida y según iba creciendo aumentaba en gracia y belleza. Muchas tardes, su madre se lo llevaba a jugar a las praderas y al abrazarlo, entre la hierba y las flores, lo besaba lleno de amor y le decía:

-Este trozo de cielo que tienes aquí yo me lo como cualquier día.

Grisel lo conoció en Bujaraiza a la edad de cinco años, una mañana de otoño, cuando sus padres lo llevaron por primera vez a la escuela. El niño en contra de lo que muchos habían pensado, enseguida fue querido por todos los compañeros de aquella escuela.

- Es mirarlo y uno se queda prendido en su encanto.

Decía todo el que se acercaba a él. Y entre aquellas personas estaba Grisel que, desde el primer momento, quedó cautivada por su atractivo. Por aquel entonces ella tenía diez años y seis meses y desde el primer día ocupó un

asiento junto a él. Luego, ella, casi todos los días, se iba con él dándole compañía hasta su casa y, otras veces, su madre le salía al encuentro a mitad del camino. Siempre ella, al despedirlo, lo besaba como si fuera un adiós para la eternidad. Él le devolvía este cariño palpando los carrillos de su amiga, achuchando su nariz al tiempo que sonreía.

Precisamente, una de las cosas que más le gustaban a él era achucharle la nariz. Sucedía de la siguiente manera: Grisel lo cogía, lo sentaba sobre sus piernas, con sus manos lo abrazaba por la cintura y se ponía a jugar mirándole los ojos fijamente. Tanto él como ella, dibujaban en sus bocas mil pucheros y a continuación Pedrito repetía el mismo juego de siempre: primero abría mucho sus ojos sonreía feliz, satisfecho y levantaba su pequeña mano hasta la altura de la cara de Grisel. Con mucha suavidad comenzaba poco a poco a hundir su dedo índice en la punta de la nariz de su compañera. Ella seguía quieta con sus ojos fijos en los del niño,

pero según el dedo iba presionando sobre su nariz, empezaba a sentir el gozo por dentro. También despacio y con amor, entraba en escena dejando asomar la alegría a sus labios y a partir de aquí era cuando comenzaba el auténtico gozo para el pequeño. Según su dedo se hundía, iba apareciendo la sonrisa de Grisel y según ésta asomaba, crecía y crecía la dicha en el corazón del niño. A mayor presión, más belleza en aquella sonrisa y más cantidad de amor en el corazón de Grisel para él. Y él, que no podía oír el sonido de las palabras, sí era capaz de entender el lenguaje del corazón de su amiga a través de aquella sonrisa. El niño se lo agradecía repitiendo el juego una y otra vez hasta que al final se retorcía sobre sí mismo, recostando su cabeza sobre su amiga y durmiendo su cuerpo contra ella. Era este un momento de sumo placer para Grisel.

En cuanto el niño se le aplastaba contra su corazón, ella lo abrazaba con sus manos y lo achuchaba más, besaba su

cara y cuando éste se quedaba quieto, gustando el calor de su cariño, también ella dejaba de aprisionarlo contra sí. A partir de ahora empezaba otro de los momentos bellos de aquellas dos criaturas. El primero casi se quedaba dormido durante largo rato en aquel regazo. Ni siquiera los ojos movía. Sólo se oía su respirar y el leve latido de su corazoncillo. La segunda, Grisel, con él, allí tan cerquita de su alma, tumbada bajo las sombras de los pinos, junto a la corriente del pequeño arroyuelo o entre las flores de las praderas, miraba fija el azul del cielo.

A veces, se movían las hojas de los árboles rozadas por el viento; otras veces cantaba un ruiseñor allá en las zarzas o una mariposa dibujaba zigzags azules por encima de su cara. Algo más lejos, se oía el balar de los corderillos buscando a sus madres o los ladridos de los perros. Y Grisel, herida hasta lo más hondo por las infinitas melodías de estas eternas sinfonías, se quedaba extasiada en el más hermoso de todos los sueños;

se sentía la más dichosa de todas las niñas; no echaba de menos ni apetecía ningún otro juego o placer. Por aquellas tardes, muchos fines de semana, al salir de la escuela los viernes por la tarde, se iba con el niño, pidiendo permiso antes en su casa para no regresar hasta el lunes. Y en estas ocasiones, en cuanto los dos llegaban a la finca, comenzaban a ser felices. Saludaban a los padres. Al calor del fuego de la chimenea se estaban mucho rato y cuando ya iba la noche avanzada y decidían acostarse, Grisel siempre preguntaba:

- ¿Podemos salir a dar una vuelta? Hace una noche preciosa.

- Concedido, pero ten cuidado.

Respondía el padre de aquel niño. Ella, entonces, se llenaba de gozo. Se levantaba, buscaba el abrigo de Pedrito, se lo ponía y luego se envolvía en el suyo; lo cogía de la mano y se echaban al campo. En sus paseos por el campo casi siempre escogían noches de luna clara. Y el brillo de la luna era lo primero que les emocionaba; luego, el aroma de

la hierba, la pureza del viento llenando las praderas y los grillos.

En silencio, los dos juntos, caminaban buscando el río, Según atravesaban el campo, sus pies rozaban las matas de hierba llenas de rocío y esto les hacía felices. Se tropezaban con los topillos que huían sendilla adelante o retozaban entre el trébol y seguían, absortos, los vuelos de los murciélagos. Junto al río buscaban una piedra para sentarse y frente al charco de aguas limpias, se quedaban mucho rato siguiendo el juego de la luna colándose por entre las adelfas para reflejarse en el líquido de viento. En el barranco retumbaba el canto del mochuelo, los agudos trinos del ruiseñor, los graznidos de las zorras al bajar del monte, las inacabadas sinfonías de los grillos y el misterioso chillido de la corneja. Apretaba en sus manos las del niño lo tumbaba sobre su pecho y una vez más se dejaban prender por los mil profundos secretos de la noche. “Hay algo eterno en este mundo, que me llena y me atrae; lo

palpo y lo gusto, lo tengo aquí conmigo y sé que es bello como nada. ¿Por qué con tanta fuerza me aprisiona y me absorbe?"Se decía en sus meditaciones y al poco comenzaba a ponerse melancólica. Rato después, en su mente, se encendía una luz y entonces ella apreciaba con claridad la diferencia, casi infinita que hay entre el mundo que gustaba su alma y el otro donde vivía con los humanos. En el primero había mucha más fascinación que en el segundo. Y a partir de aquí, le entraba grandes deseos de hacer algo para que sus amigos y las demás personas también conocieran y gustaran la belleza de aquello que sentía. Le parecía que era importante y podía servir para mucho. Ya que pasaba un rato, dos horas o tres, dejaban el juego y subían la pequeña cuestecita, recorrían la llanura y entraban en la casa.

- ¿Sois vosotros?

Preguntaba la madre del niño

- Sí, señora Nieves, somos nosotros que regresamos.

Respondía Grisel, toda resuelta y feliz.
- ¿Cómo es hoy la noche?
- Es deliciosa; da gusto estar fuera, respirar su aire y oler las flores.
- Me alegro que lo paséis bien, pero ahora debéis acostaros porque es tarde.
- Enseguida nos acostamos; en cuanto prepare a Pedrito su vaso de leche.
- Caliéntala un poco en el rescoldo de la cocina.
- Ya lo estoy haciendo.
Y un rato después, Grisel ayudaba al niño a tomarse su cena. Ella, siempre que se quedaba en casa de su amigo, dormía en la habitación próxima a la de su compañero de juegos.
- Buenas noches, señora Nieves.
- Buenas noches y que descanses.
Al día siguiente, sábado de nuevo correteaban todos aquellos campos. Todo el día lo dedicaban a jugar con los corderillos, a buscar nidos de pajarillos, a cortar ramos de flores, a construir casitas en la orilla del río junto a la corriente y subir y bajar el cerro para sentarse después en lo más alto y allí

quedarse mucho rato mirando al horizonte y soñando. Muchas veces las tormentas les cogían en pleno campo y ninguno de los dos corrían. Dejaban que la lluvia cayera y empapara sus cuerpos y luego se iban a ver el arroyo correr con sus aguas turbias y sus olas rizadas. Cuando salía el sol y el arco iris se derramaba sobre los pinares de la llanura, lo observaban despacio y a los dos les entraban ganas de ir hasta el sitio donde aquellos colores caían. Luego, se entusiasmaban con las nubes blancas y negras que surcaban el cielo y cuando acordaban, el sol empezaba a tornarse rojo sobre las cumbres llenando de oro y fuego la tarde.

Mil juegos más como éste y otros, Grisel vivió en aquellos campos con su amigo. Pasó el tiempo y se hizo mayor. Estaba para cumplir los doce años y cinco meses, cuando ella se fue de aquel rincón y a partir de aquí cesaron los juegos con el niño. Pero no del todo, porque al volver cada año la Navidad y en los veranos, siempre se acercaba a

visitarlo y a estar con él todo el rato que podía. Y en estas ocasiones, siempre de nuevo surgían las andanzas de los tiempos de atrás y nacían otras nuevas. En estos abrazos con el campo, lleno de noches profundas, de vientos cálidos, de silencios graves y de cantos de tórtolas, fue donde el alma de Grisel aprendió a llenarse de Dios, de dulzura y de sencillez. Aquí, ella aprendió el gusto por lo bello e inmaculado y a oír el silencio y a través de él, la voz de lo eterno. Desde este inusitado espectáculo de flores, hierbas, lluvias y nubes fue donde a ella se le imprimió, en lo hondo de su alma, el sello de la bondad y la luz. Aquel sello cuya huella definitiva la haría diferente a las demás muchachas de aquellas sierras y de los pueblos enclavados en ellas.

Ahora, esta tarde, cuando de nuevo se acercaba, una vez más, al bello rincón que daba morada a su amigo, hacía ya casi seis meses que lo había visto por última vez. Y esta tarde, mientras iban avanzando y divisaban la blanca casa en

el centro del paisaje, se acordó del día de los tres pollitos de perdiz. Hablando con sus amigas, les decía:

- Era un hermoso día de primavera. La hierba de la pradera estaba verde y grande y destilaba frescor y aroma. Las anémonas y las campanulas se mecían en sus tallos al paso del viento; las ramas del romero esparcían sus aromas hacia el barranco y los pajarillos trinaban contentos saltando de rama en rama y de árbol en árbol. Toda la llanura y el cerro estaba llena de mariposas, pequeños abejorros, orugas y saltamontes. El Guadalquivir bajaba aplastado entre las zarzas y su corriente hoy se transparentaba como el viento. Arriba, en las cumbres de las cordilleras, los gruesos pinos se recortaban sobre el horizonte y sus ramas temblaban pesadamente movidas por la leve brisa. Era un día bonito y cálido y de él, Pedrito y yo nos habíamos aprovechado a tope. Al final de la tarde, cuando todavía el sol baña de plata la alfombra que tapizaba el campo, los dos nos dispusimos a bajar

del cerro. En sus laderas, sentados frente a la puesta del sol, habíamos estado casi dos horas. En estos momentos nos cogimos de la mano, abandonamos la roca y saltando por encima de una de las matas de sabina, emprendimos una pequeña carrera pendiente abajo.

El padre del niño estaba junto al corral de las ovejas y éstas pacían serenas recogiéndose hacia la majada. También allá, tumbados junto a la casa, estaban los perros mastines y en la casa trajinaba la madre de Pedrito. El y yo veníamos gozosos tanto cuanto más velocidad tomábamos en la carrera. De pronto, lo solté de la mano, me adelanté con los brazos abiertos atropellando la hierba. En medio minuto, llegué al final de la inclinación y me eché a rodar hierba adelante, pero enseguida me volví buscándolo. El también bajaba veloz con sus brazos abiertos, totalmente recto hacia mí. No esperé un segundo, me incorporé, me puse frente a él extendiendo a tope mis brazos y lo

acogí de lleno en mi pecho. Los dos rodamos por la llanura llenándonos de polen y puñados de pétalos de florecillas. Primero nos reímos, después nos alegramos de estar allí en el suelo y luego nos miramos el uno al otro, intentando descubrir algo. Justo en este momento oí el piar de los pollitos.

- ¡Espera!

Le dije con mi mano apoyándome en el suelo e incorporándome. Concentré mi atención y volví a oírlos. Por sus timbres diferencié pronto que eran pollitos de perdiz. Tendí mi mano a Pedrito, le ayudé a que se levantara y luego lo fui guiando con cautela hasta el sitio de donde salían las llamadas. Antes de llegar, a cinco metros, él los vio. Emocionado, me tiró del brazo y señala con el dedo. Enseguida los descubrí. Eran dos y saltaban asustados queriendo irse. Corrimos hacia ellos y en segundos nos pusimos a su lado. No tendrían más de dos días de vida y estaban caídos en un pequeño barranquito y, al mismo tiempo,

enredados en ramas de hierba. El primero en coger uno en sus manos fue Pedrito; luego yo cogí el otro y lo observamos. No tenían ni heridas ni estaban dañado en ningún otro sitio, pero desde luego, eran preciosos. Su pequeño pico, algo redondo, sus delgadas patas y sus frágiles alitas, sin plumas, les hacían casi de ensueño. Sus cuerpos eran menudos y estaban cubiertos de pelusillas amarillentas y sus ojos chiquitos, parecían dos diamantes vivos. Pedrito me miró y yo a él y nos comprendimos. Nos dijimos que en lugar de dejarlos allí siendo como eran, tan pequeños nos los llevaríamos para cuidarlos. Así que con ellos en las manos, empezamos a irnos por la llanura hacia la casa. Un momento antes se había puesto el sol.

Cuando llegamos, les dimos un poco de pan mojado y después los pusimos en una caja pequeñita de cartón. En pocos días crecieron mucho; empezaron a comer solos; trigo, alpiste y otras semillas y cuando ya podían volar, una

tarde, los llevamos a la llanura y allí les dimos libertad. Recuerdo lo bello y emocionante que fue aquel momento para Pedrito y para mí. Sentimos pena porque les habíamos cogido cariño, pero en el fondo, estábamos contentos. Sabíamos que debían ser libres en aquellos campos para atravesarlos con sus vuelos rápidos y señoriales. Aquí puso Grisel punto final a su relato. Había sido seguido con interés por todos sus amigos, pero hoy, tanto ellos como Grisel, mientras se acercaban a la casa, iban notando que el viento frío del norte, comenzaba a soplar cada vez con más fuerza. Según se acercan a la casa advierten que allí ocurre algo. En el cerrillo ven a dos o tres hombres que se mueven por entre el monte. Otros tres se alejan por la senda que va de la casa al río y en la puerta de la casa hay varias mujeres. Grisel conoce una de ellas. Esta, en cuanto ve a la muchacha, se viene a su encuentro y la abraza temblorosa.

- ¿Te has enterado de lo ocurrido?

- No sé nada. ¿Qué pasa?
- Ha sido Pedrito; falta de casa desde esta mañana temprano y nadie sabe dónde está. Cuando ayer por la tarde empezó a nevar, se le perdió su gaviota y todos creemos que salió a buscarla.

En cuanto oye la noticia, Grisel no espera un minuto. Entra en la casa, abraza a la madre del niño, la anima un poco y sale fuera.

- ¿Quién me acompaña?
- Todos.

Responden sus amigos sin tardar.

- Pues prestad atención: Félix y Rosa que vayan por la senda que va dirección norte. Al llegar a la llanura, mirad despacio árbol por árbol alrededor de sus troncos; Rafa, Cristina Carmen, que hagan otro tanto, pero por el lado sur; mirad también detrás de los peñascos y las matas. Tere y yo, nos iremos por el lado este, para recorrer el río y sus alrededores. Conozco bien ese terreno. Si alguno descubre algo que dé voces.

Los grupos parten hacia los puntos fijados. Son las cinco de la tarde, hace

mucho frío; sigue soplando el viento, el sol ya está muy caído. La nieve es espesa; aunque se ha derretido por algunos sitios; en las matas, encima de las rocas y algún trozo por las sendas y las laderas que miran al poniente. Tere y Grisel llevan puestas sus botas de cuero camperas que les llegan hasta las rodillas. Suben un poco hacia la aldea de Bujaraiza para encontrarse con el río y empezar a recorrerlo desde lo alto. Lo de la gaviota de Pedrito había sucedido de esta manera: Cinco meses atrás, en el mes de julio, una tarde estaban jugando junto al río a la altura de la casa. Andaban por entre las sombras del gran bosque de álamos, frente a la corriente, cuando vieron una bandada de gaviotas; subían río arriba y venían como asustadas. Grisel fue la primera en extrañarse ver por allí una bandada de gaviotas. Nunca antes habían visto esta clase de pájaros por estos lugares. Alertó a Pedrito y los dos se pusieron a observar la evolución de la bandada. Y la bandada, en número de unos cien, al

llegar a la altura de la casa, giró en remolino. Dieron vueltas y luego comenzaron a descender. Al mismo tiempo, las del centro del remolino, se elevaron por encima de las otras y las que iban a ras de tierra, comenzaron a pararse sobre la arena. Fueron poco a poco seguidas de las que surcaban el aire y en diez minutos, toda la bandada estaba posada junto al río.

A Pedrito y Grisel, les entró curiosidad y cuatro minutos después ya estaban donde las aves habían tomado tierra. No querían espantarlas mas esto fue lo que ocurrió. Nada más acercarse y ser vistos, revolotearon asustadas y rápidamente se alejaron del sitio al que habían llegado. En estos momentos fue cuando ocurrió lo interesante. El niño fue el primero en descubrir que allí, cerca del río, se había quedado una de las aves. Se lo indicó a Grisel tirándole de la mano y corrieron, persiguieron a la gaviota de un lado para otro hasta que al final la cogieron; enseguida vieron que estaba herida, tenía sangre en un ala, en

un muslo y varias plumas rotas.

Cargaron con ella hasta la casa y en cuanto llegaron, la curaron, le cortaron las plumas de las alas para que no pudiera volar hasta que no sanara y pocos días después, aquella ave se hizo mansa y simpática. Se acostumbró a Pedrito y a Grisel y detrás de ellos iba para cualquier sitio que se movieran. El niño era feliz con este pájaro jugando con él horas y horas sin cansarse. Cinco meses más tarde, estaba sana y las plumas le habían crecido, mas ni siquiera hacía por irse. Era amiga del niño, de los mastines, de las ovejas, de las gallinas y no paraba en todo el día de revolotear de un lado para otro. Al final, siempre volvía al regazo de Pedrito.

Grisel y Tere comenzaron su búsqueda mirando tras los peñascos, explorando los alrededores de las matas de sabina, lentiscos y aulagas. Descubrieron, despacio, las sombras de los majoletos, los entrantes del río y todos los recovecos de las zarzas y rosales silvestres. Pasó una hora y no hallaron

ni. un pequeño rastro; ni siquiera una señal. A lo largo de este rato, en más de una ocasión, estuvieron tentadas de dar voces y llamarlo por su nombre, pero cayeron en la cuenta que Pedrito no podía oír. Esto les angustió mucho y empezaron a tener miedo. La noche se les echaba encima, el viento helaba cada vez más y soplaba con fuerza. Junto al río, encima de una roca, se subieron y durante un rato buscaron con sus ojos por toda la ladera, el barranco y la pequeña llanura. Nada, ninguna señal; sólo el viento helado recorriendo la soledad del paisaje y gimiendo sobre los pinos del bosque y las copas de los álamos.

- Creo, Grisel, que debemos regresar. Se está haciendo de noche y las dos solas por aquí nos perderemos.

- Por mi parte no abandono. Hasta que no lo encuentre o sepa de él no me iré de estos lugares.

-Pues lo que podemos hacer es volver a la casa a por luces.

- Eso está bien, pero mejor es que vayas

tú sola; así vendrás antes. Yo, mientras tanto, seguiré río abajo hasta la curva. A él le gustaba mucho venir por aquí.

- Bueno, haré eso, pero no te alejes mucho, volveré enseguida.

Y Tere despidió a su compañera. Subió buscando el camino con el propósito de coger luces y regresar pronto. Pero Tere no conocía bien aquellos campos y hasta que dio con la pequeña senda, tardó mucho. En este tiempo el viento aumentó de fuerza y la oscuridad hizo acto de presencia a lo ancho de todo el bosque. Ella se arañó los brazos y las rodillas, las manos se le quedaron frías como el hielo, la nieve le entró por las botas y el cuello del abrigo; el agua le empapó las ropas y con el viento frío, por momentos se iba congelando. Pensó volver para atrás y quedarse con Grisel, pero aunque la llamó varias veces, ésta no contestó. Ante estos resultados se dijo a sí misma que debía seguir y un poco más tarde descubrió luces junto a la casa. Oyó las voces de Cristina y Mary-Carmen y esto le dio ánimo. Siguió

parándose de vez en cuando para llamar a los de la casa. Al final, estos la oyeron y dos de aquellos hombres salieron a su encuentro. Cuando por fin llegó a ellos, hacía más de dos horas que había dejado a Grisel. Enseguida explicó la situación de la compañera que, en el río, le esperaba.

Rápidos volvieron a la casa; informaron al padre del niño de lo que pasaba, cogieron nuevas luces y se lanzaron hacia el río. Tere no se quedó atrás a pesar de su cansancio, ahora le preocupaba mucho su amiga. La expedición salió hacia el río en medio del viento que seguía en aumento; silbaba al estrellarse con los pinos y arrastraba la nieve de los cerrillos. Grisel bajó hasta la curva del río. Exploró detenidamente la "Playa de Las Gaviotas," así llamada por ellos desde el día de la bandada, miró bajo los álamos, donde ellos solían sentarse en las tardes de sus paseos, registró los pequeños refugios que ofrecían las rocas y luego quiso subir hasta lo alto del cerrillo, un poco al

oeste. Recordó que en una ondulación del terreno sobre la loma del cerro, existía un rincón muy amado por Pedrito. Eran unos lentiscos espesos cerca de unas rocas. Entre unos y otros el terreno ofrecía como una especie de sala confortable que tenía por techo las ramas de una vieja encina. Allí, en invierno, se estaba más calentito y daba menos el viento. En verano era un sitio fresquito y resguardado del sol y además resultaba un mirador excelente.

Recordó "El Refugio de Las Tres Encinas," y pensó que estaría allí. Quiso despegarse del río, mas se dio cuenta que por allí no había ninguna senda y a través del campo, la nieve era muy espesa. El viento soplaba con fuerza y, sobre todo, la noche ya estaba encima. Se acordó de Tere y pensó que no tardaría en llegar. Por eso decidió no quedarse allí parada. Siguió bajando pegada al río con intención de coger la pista forestal que cruzaba un poco más abajo; pero antes de llegar al camino, fue, de repente, sorprendida por algo

que no esperaba: Era la visión del Hombre de la Bolsa. Lo vio a lo lejos que venía hacia ella. No se alarmó, más bien le entró alegría.

- ¡Hola Grisel!

Le dijo ya que estaba cerca de ella. Notó que se acercaba de nuevo en forma de amigo e impregnado de mayor bondad y dulzura.

- ¿Qué haces por aquí?

- No te sorprendas, vengo a ayudarte.

- ¿En qué me puedes ayudar?

- Te voy a llevar a donde está tu amigo Pedrito.

- ¿Lo sabes?

- Yo sé muchas cosas; conozco lo que hay en la mente de cada una de las personas de este mundo; conozco tu corazón, pero ahora ven y dame la mano; te conduciré a donde está el niño.

Grisel extendió su mano, el hombre se la cogió y se puso a andar cerro arriba. Enseguida se dio cuenta que atravesaban la ladera en línea recta sin ninguna dificultad a pesar del viento, la nieve y el bosque.

- Lo que sí quiero es saber con certeza por qué has venido.

El cielo se llenaba de nubes.

- Es bueno que sepas una cosa; desde ahora en adelante, estaré siempre contigo. Siempre que tú te pongas a hacer el bien a los demás, yo estaré presente. Esta noche quiero decirte algo nuevo. Tú sabes que la belleza del rostro de una muchacha, con el tiempo se marchita y desaparece. Tú sabes que también desaparecen las ganancias materiales, los amigos y casi todo aquello que se puede ver con los ojos; tú sabes que al. Final de la vida, quedan siempre pocas cosas; y ese final, aunque ahora lo creas lejano, también llega siempre. Sin embargo, Grisel, tú sabes que hay cosas que se ganan una vez y duran toda la eternidad. No las marchita el tiempo ni se gastan. A esto quería llegar; desde hoy hasta el fin de los tiempos, voy a quedarme contigo, voy a estar a tu lado queriéndote y dándote mi cariño pero procura que tus esfuerzos y tus luchas se orienten

siempre a conseguir lo que no se marchita nunca. Este es mi mensaje. Atención a ello y no lo confundas; tiene su señal y tú la debes conocer. Porque vivir al modo de los otros, hacer lo que hacen ellos, es fácil, pero no es bastante; te lo digo; tú no vivas para no vivir después; lo que importa es vivir para vivir siempre.

Aunque el viento soplaba recio y al romperse contra la ladera y los árboles, llenaba de lamentos todo el barranco, Grisel había oído con toda nitidez. Ella tenía la sensación de que aquellas ideas se fraguaban primero en su alma y aquel hombre llegaba después y se las traducía en palabras. Aquellos sentimientos les pertenecían. Todo cuanto había dicho estaba con ella, había ido con ella desde siempre. En aquel rato tampoco sintió ni frío ni cansancio. Sus pies pisaban la nieve y ni lo notaba y aún menos notaba frío en sus manos ni en su rostro; ni siquiera notaba la oscuridad de la noche a pesar

de su densidad. También su miedo interno había desaparecido y ni estaba preocupada por la suerte de Pedrito. Tenía la sensación de que todo estaba bien; era exactamente como tenía que ser y nada iba a romperse ni a desaparecer.

Llegaron a lo alto del cerro, se acercaron a la espesura de unas matas y dijo a su compañera:

- Ahí tienes a quien buscabas; te estaba esperando.

Señala con sus manos al rinconcillo que arropaban las ramas del monte. Miró y vio al niño acurrucado sobre unas piedras al calor de un pequeño promontorio de tierra y rodeado de nieve. Se lanzó hacia él, apoyó su rodilla en el suelo, lo levantó con sus manos y lo estrechó en su pecho. Lo apretó fuerte, le besó su cara, atrajo su cabeza hacia su corazón y hundió sus frías mejillas en la cara de Pedrito como queriendo darle vida. Al coger sus manos vio la gaviota; el niño la tenía sujeta en sus brazos y al mismo tiempo

estaba acurrucado sobre ella. Siguió apretándolo y al notar que no reaccionaba, por su mente cruzó un pensamiento: "muerto" Y al ser consciente del sentimiento, en lugar de ponerse a comprobarlo, lo apretó más y más. Se le llenaron los ojos de lágrimas y ni sabía por qué; éstas mojaron el rostro del nido y rodaron hundiéndose en la nieve. Alzó su cabeza y preguntó al hombre:

- ¿Está muerto?

Pero al hacer esta pregunta se dio cuenta que el hombre de la bolsa ya no estaba. Se había ido sin dejar ninguna señal y sin pronunciar palabras de despedida. Ella creyó que tenía que ser así. Mas, justo ahora, oyó la voz de su amiga Tere. Dejó a Pedrito y la buscó incorporándose.

- ¡Estoy aquí!

Vio las luces que se dirigían hacia ella y luego oyó otra vez a Tere.

- Dinos por qué sitio subimos y si te pasa algo.

-Podéis subir por el camino; yo estoy

exactamente en el Mirador de Las Tres Encinas. Pedrito está conmigo; subid pronto, por favor.

- Enseguida estamos ahí.

En el barranco el grupo se organizó. El padre del niño se puso al frente. No se fueron rectos hacia Grisel; hubiera sido necesario subir el cerro completamente de frente y esto era duro a parte de la nieve y el viento; tampoco tomaron el camino que Grisel les había dicho. El padre de Pedrito conocía bien el terreno y tomó el que creía mejor para luchar contra la nieve y el viento. El padre del niño se vino por el arroyuelo que nace en la unión de dos cerros y caminó paralelo a él vaguada arriba. Aquella vaguada, durante días y tardes, había sido otro de los rincones predilectos de Grisel y Pedrito. La escogían para sus juegos, para sus carreras y para respirar el aire puro lleno de aromas silvestres tumbados frente al sol. Cuando las laderas de ambos cerros y la llanura del terreno donde nacía, se llenaba de hierba, aquel rincón se convertía en el

lugar más hermoso del Valle. Y en aquel pequeño paraíso, ellos jugaban horas y horas bañados por la luz y el silencio del campo. También habían bautizado aquella explanada. La llamaban "La Explanada de los Manantiales Claros". Le pusieron este nombre en honor a los tres pequeños caños de agua que brotaban justo donde nacía el arroyo. Cuando se lo dijeron a su padre, a éste le gustó y desde aquel día, todos en la finca comenzaron a pronunciar el nombre.

La expedición llega al lugar, tuercen a la derecha y enristran por la loma. El viento les coge de espaldas y les ayuda en el esfuerzo. Es lo que el jefe del grupo ha buscado y además, por aquí la nieve está más derretida. Cuando van a mitad de la distancia entre Grisel y la vaguada, brilla la luz de un relámpago y luego estalla el trueno.
- ¡Lo que faltaba!
Comenta Tere. Cinco minutos después se acercan al Refugio del Mirador. Tere

lanza su voz llamando a Grisel.
- ¡Estoy aquí!
Brilla otro relámpago y a su luz, Grisel ve las caras de las personas que han venido en su ayuda. Tere corre saltando todo lo que a su paso hay y abraza a su amiga. A punto está de llorar a no ser porque Grisel reacciona, suelta a Tere y reclama su atención hacia el niño. A éste, es su padre el primero en abrazarlo. Se tumba en el suelo y lo besa lleno de alegría; apoya su oído en el corazón del niño y dice:
- ¡Vive!
Y esta frase es una explosión de gozo. Derretida en dicha, Grisel abraza uno por uno a sus amigos y ahora sí llora a riendas sueltas.
- ¡Gracias a Dios!
- Desde luego que sí.
Y justo al terminar de pronunciar estas palabras, otro relámpago llena de luz todo el Valle. El trueno estalla casi encima.
- Agilicemos el descenso.
Propone el padre. Son las doce de la

noche. El cielo se ha llenado de nubes. El viento arrastra ramas, nieve y las nieblas, poco a poco van cubriendo el Valle. La noche se cierra en truenos y lluvias.

El padre levanta al niño y alumbrado y seguido por el grupo, comienzan a bajar por la ladera en busca de la casa. El viento les coge de frente y por la loma y vaguada es muy fuerte. El padre se pone al frente del grupo y baja ocultándose, un poco, en la loma dirección recto a la casa. Destella otro relámpago y segundos más tarde, el zumbido del trueno casi los deja sordos. Todos ven como las ramas del Gran Pino del Mirador, saltan por los aires. Algunos trozos caen junto al río y otros ruedan ladera adelante empujados por el viento y la nieve.

- ¡Dios santo!

Exclama Tere asustada agarrándose a Grisel.

- La impresión que tengo es que estamos viviendo un sueño al otro lado del tiempo.

- No te preocupes.
- Es que no parece real.

Y estas últimas palabras de Tere son cortadas por el fulgor de otro relámpago. En esta ocasión de nuevo todos ven dónde ha caído el rayo. En los picos de la roca que hay a la altura de Los Tres Manantiales de la vaguada. Las piedras se abren y ruedan por la ladera. Sus chasquidos se mezclan con el ronco bramido del trueno. Grisel, de pronto, tiene como la sensación de que aquí, en este rincón del Valle, existe la presencia de algo cósmico y misterioso. Es como si Dios estuviera tocando la Tierra con su mano. Se agarra fuerte al brazo del padre del nido.

- No pasará nada.

Y Ella ahora recuerda las veces que en esta misma ladera, habían sido sorprendidos por las tormentas. Siempre se pusieron empapados; nunca les habían regañado los padres del niño.

Empieza a llover. Han bajado el cerro y por la llanura, se acercan a la casa. Bajo su abrigo, Tere lleva la gaviota de

Pedrito. La lluvia aumenta por momentos. La oscuridad de la noche es rasgada por la luz de otro rayo. Cae justo en los álamos de la Playa de las Gaviotas. Uno de ellos se prende en llamas y arde durante unos minutos. Las ramas en llamas se van por el viento dando lugar a un espectáculo fantástico. Justo en las décimas de segundo que dura la luz del rayo, ante los ojos de Grisel se abre algo impresionante. Por el norte, el cielo se parte en dos trozos; se abre en forma de cortina y por detrás aparece la ciudad de ANELUZ. Los grandes bosques de robles y abetos que el Hombre de la Bolsa le había descrito en otras ocasiones, las montañas que les circundaban y la honda belleza de la CIUDAD. El nombre de ANELUZ estaba escrito, en forma de corona, sobre la ciudad y en lenguas de fuego. El Hombre de la Bolsa estaba sentado en el centro de la gran ciudad. Un poco más lejos, avanzando hacia la ciudad, se vio a sí misma. El Hombre la miraba y le tendía la mano. Y ella, la que ahora

caminaba junto a Pedrito, tuvo la sensación de que entre esta noche donde se veía entrando a la Ciudad de ANELUZ, y la noche en la cual caminaba por el planeta de los humanos, había mucho tiempo por medio. Y allí, en el centro de la GRAN CIUDAD DE ANELUZ, se hacía una pregunta: "¿Por qué aquella noche de Pedrito, escogieron mi nombre para introducirlo en el recinto de los inmortales?”

Y la misma pregunta se la hace esta noche de tormenta en el Valle donde el niño vive, justo cuando llegan a la casa de éste. Pedrito sigue durmiendo y ahora por su cara, chorrea la lluvia. La gente al verlos llegar se amontona diciendo:

- ¡Está muerto!

- ¡No! parece dormido.

- Quizá esté inconsciente por el frío.

- Sí, porque con esta noche, no sé qué habría sido de él.

- Creo que fue Grisel la primera en verlo.

Todos quieren saber qué pasa, quieren tocarlo, besarlo; la madre lo estruja contra sí, lo besa, lo palpa y enseguida

se pone junto al fuego. En la chimenea arden varios troncos de pino. Brilla un nuevo relámpago y la luz llena todos los rincones de la casa. Es otro rayo que cae a cien metros, sobre un pino de la llanura.

- ¡Qué noche, Dios mío!

- Mamá, estoy asustada.

Exclama Grisel acurrucándose en los brazos de su madre que también ha venido desde el pueblo.

- Si no lo llevamos a la aldea cuanto antes, se morirá.

- Mientras no entre en calor no lo sacamos de aquí.

Grisel, Tere y sus amigas miran al niño y también se calientan secándose las ropas y esperan con el corazón en un puño. A los quince minutos de estar aquí Pedrito mueve su cabeza; luego sus manos.

- ¡Está vivo!

Exclama Grisel abrazándolo.

- Pedrito, soy yo, tu amiga. ¡Qué alegría mamá!

Continúa diciendo Grisel fuera de sí por

la emoción del momento queriendo abrazar a todos a la vez. A su madre, a la madre del niño a sus amigas, a Pedrito. Lo mira, lo toca, lo arropa y a cada movimiento de éste, ella se llena de alegría y más alegría. Tiembla nerviosa entre emocionada y asustada. A uno de los movimientos del niño, ella abre sus dos blancas manos y entre ellas coge la cara de Pedrito. Le achucha delicadamente a ambos lados y luego se inclina; lo besa en pleno rostro durante mucho rato y sin prisa, deja que el calor de sus mejillas caliente la cara del niño. Por unos segundos siente en su piel la respiración de la criatura, las palpitaciones de su pequeño corazón. Recuerda los ratos de gozo y felicidad que tantas y tantas horas han compartido juntos y todo esto le motiva un extraño sentimiento. El alma se le llena de amor y con todo su ser desea meterse dentro de la pequeña criatura para que así sienta y vea cuánto es el cariño que le tiene. Necesita demostrarle que no le ha abandonado, que está aquí

con él como siempre.

Pasan dos minutos y levanta un poco el rostro para mirar los ojos del niño sin que sus manos suelten su carita. Comprueba, asombrada, como su compañera de juegos, abre los ojos, la mira fijo, dulcemente complacido y moviendo sus labios dice:

- Gracias, Grisel, sabía que me habías oído.

Un inmenso fogonazo de luz, borra de todo el Valle y toda la estancia de la casa, la densa oscuridad de la noche dejando casi ciegos a todos los que están junto al niño. Revienta el trueno dando la sensación de que la tierra se hunde hacia el fin del cosmos. Silba el viento estrellando la lluvia contra la casa y crujen las ramas de los árboles. El rayo ahora ha caído a menos de treinta metros de donde está Pedrito. Grisel se queda de piedra. Todos han oído las palabras del niño; han sonado con claridad y nitidez y a continuación ha estallado el trueno.

Ha ocurrido un milagro; el niño está

hablando; el cielo lo anuncia con voz de trueno para que la señal no quede confundida. Y todos tienen la sensación de que el milagro ha sido arrancado del cielo por la fuerza del amor. Lo ha arrancado Grisel; esto está claro. Pero esta gente, todos los que han presenciado y oído el fenómeno, inmediatamente saben que el milagro está aquí, no porque Grisel sea más santa que ellos, sino porque ama más. Todo el mérito está en el amor. Grisel, que se ha quedado con la cara del niño entre sus manos, en cuanto pasa un rato, pregunta:

- ¿Cómo estás Pedrito?

- Estoy bien.

Y ahora todos comprueban que además de hablar puede oír perfectamente. Y a partir de este momento nadie se asusta ni se asombra por lo que oyen y ven.

- ¿Donde está la gaviota?

- La tiene Tere.

- Me alegro que tampoco haya sufrido nada.

Diez minutos más tarde, cesó el viento.

No volvió a caer más ningún rayo en el Valle; en poco rato todo el campo se llenó de silencio y paz. Luego, rompieron este silencio y a lo largo de mucho rato estuvieron hablando de mil cosas mientras la noche pasaba y las llamas del fuego chisporroteaban en la chimenea.